

tudiar los episodios aun más insignificantes de esa hora inolvidable en que María mandó á Santiago edificarle un templo, que sería el primero entre otros muchos que habían de surgir no sólo en España, sino en mundos aun desconocidos; en que le dió valor para proseguir la obra de evangelizar una nación, destinada á ser Madre y Maestra de muchas; en que le predijo las vicisitudes de esa Iglesia que iba á fundar, y le declaró que en esa tierra que pisaba habían de reposar sus huesos hasta la hora del juicio final?

Narra San Lucas que Jesús, después de su resurrección, permaneció cuarenta días con sus Apóstoles hablándoles del *Reino de Dios*. Entonces juzgan los Santos Padres que les explicó las doctrinas que no habían de quedar consignadas en los Libros inspirados; pero que, al par que éstos, deberían ser regla de fe, con el nombre de Tradiciones Apostólicas. Algo parecido se me figura que sucedió en la noche que conmemoramos; y no considero temeridad de mi parte, el tratar de entreoir, de investigar, de adivinar si queréis, lo que la Virgen Santísima dijo entonces á Santiago, así como no es demasiado atrevimiento en los Padres de la Iglesia el escudriñar lo que Jesucristo enseñó á sus discípulos en los días que precedieron su ascensión.

Asunto favorito de pintores y escultores ha sido el divino Jesús, diciendo á Simón Pedro: *Tibi dabo claves Regni cælorum*. Quisiera yo tener en estos momentos el ingenio de Miguel Angel ó de Rafael, para pintaros á María sobre el pilar de Zaragoza diciendo al arrodia-

llado Hijo del Trueno, palabras que, si entonces nadie pudo escuchar, sí nos ha revelado la historia á los que después hemos nacido y visto las maravillas que el Señor obró por medio del Apóstol Santiago, y de la nación por él evangelizada.

Bien ha podido decir ésta, lo mismo ahora que cuando el Sol no se ponía en sus dominios; lo mismo cuando sus diversos reinos acababan de formar uno solo, que cuando gemía bajo el yugo del Sarraceno; bien ha podido decir con Isaías: La Providencia ha forjado mi lengua á semejanza de espada de dos filos, para que haga penetrar la divina palabra aun en los corazones más duros: *posuit os meum ut gladium acutum*. Me ha escogido entre todas las naciones, como la saeta más aguda y de mejor vuelo que saca de su carcaj el diestro cazador, *posuit me sicut sagittam electam*; en su aljaba de oro me ha guardado, para dispararme cuando le parezca oportuno y volverme á esconder en ella hasta la ocasión más propicia: *in pharetra sua abscondit me*.

¡Ah sí! Bien puede gloriarse la católica España de haber sido el instrumento más insigne escogido por la Providencia para la evangelización del mundo. Notadlo bien, Señores. Otras naciones han sido igualmente poderosas; quizá más ricas; conquistadoras como ella y hábiles para fundar colonias y gobernarlas con prudencia y assimilarlas á la Madre Patria. Otros pueblos han tenido y tienen misioneros celosos, predicadores indomables, mártires gloriosos que con sus sudores y con su palabra, y con su sangre, han difundido por



dondequiera la semilla del Evangelio. Pero como nación, ¿qué otro pueblo, fuera de España, ha sido evangelizador por excelencia? ¿Qué otro reino se ha propuesto por principal y aun por único móvil de sus guerras, de sus conquistas, de sus expediciones, la difusión del cristianismo, la salvación de las almas? Recorramos, siquier rápidamente, las páginas de la historia, empezando por los tiempos actuales, y retrocediendo poco á poco á épocas más remotas.

Que el imperio Británico tiene hoy el primado del mundo, como colonizador y guerrero, ¿quién puede dudarlo? Que con él ha empezado á rivalizar su antigua hija y enemiga, la colosal República de Norte América, es una verdad que, mal que nos pese, tenemos que confesar. En los inmensos dominios de uno y otro oímos hablar de los progresos del catolicismo y de la libertad religiosa, á tal grado que muchos quisieran tomarlos por modelo en todos los países. Notad, empero, que sus principios son diametralmente opuestos á los que guiaban á España cuando al grito de «Santiago» cerraba con los moros frente á Granada ó con los aztecas en derredor de México. Se da un lugar á la Católica entre las demás religiones, ni más ni menos que como los romanos quisieron una vez colocar á Jehová ó á Jesús, en el Panteón de los dioses propios y de las divinidades de los pueblos conquistados. Se tolera la verdad, con la condición de que ésta tolerará el error; y en sus gobiernos reina el principio del antiguo Imperio Romano, del cual dice San León, que si bien dominaba

á todos los pueblos, se convertía en siervo de todos sus errores.

¡Cuán dignos de admiración y respeto son esos misioneros que de Francia parten para todos los confines del globo, á semejanza de los antiguos Apóstoles, sin maleta ni alforjas, *sine sacculo neque pera*, y émulos de los primitivos mártires, derraman su sangre por la fe! ¿A quién no asombra la abnegación de esas heroicas religiosas que, como Salomé y Magdalena, van en su seguimiento y los ayudan en su apostolado? ¿Pero es, por ventura, la nación la que va encarnada en ellos, como iba España en los Olmedos, los Zumárragas y los Mogrovejos? No necesito sugerir una respuesta á los que estáis dando asilo á tantos religiosos expulsados de la vecina República, á los que recordáis que Napoleón III invocaba á Alá entre los Moros de Argel, y no habéis olvidado que el primer Napoleón, á diez leguas de Jerusalén, rehusaba detenerse á libertarla porque no entraba en su plan de campaña.

Pero, al menos, me dirá alguno, San Luis de Francia en las orillas del Nilo, Ricardo Corazón de León en las llanuras de Palestina, Godofredo Bullon frente á la Ciudad Santa, sí representaban á sus respectivas naciones, y bien valían un Cortés, un Pizarro, un Almagro. ¡Guárdeme el cielo de rebajar los méritos de tan esclarecidos héroes ó de negar los beneficios de las Cruzadas! Pero notad que, á pesar del axioma *Gesta Dei per Francos*, ni era una nación la que combatía en Oriente bajo la bandera de la Cruz, ni el fin de la guerra



era el mismo que el de la conquista de América. Por una parte, los Cruzados representaban á la Iglesia universal, armada para la defensa de la Cristiandad por el Pontífice Romano; y por otra, su objeto no era tanto la conversión de las comarcas que invadían, como la expulsión de los infieles de los Santos Lugares y la liberación del Sepulcro de Cristo. De igual manera, sus medios fueron muy diferentes, y diametralmente opuestos sus resultados.

¿Puede, por ventura, compararse el efímero reino Latino de Jerusalén con la dominación española en América? ¿Puede la conquista de una tierra, por sagrada que sea, equipararse á la conquista de los corazones? ¿Qué dejaron en Jerusalén los Cruzados de su lengua, de su religión, de sus costumbres? Nada, absolutamente nada, y al volver derrotado á Europa el último de los *Francos*, quedó el Mahometismo reinando más absoluto que nunca en aquellas regiones que tanta sangre costaron; el idioma de los Árabes se substituyó al de los Occidentales, aun para la predicación en los templos cristianos que quedaron en pie, y la barbarie y la inmoralidad musulmanas suplantaron la moral evangélica.

No así en la América española. Allí quedó firmemente plantada la Cruz del Gólgota, sin que hayan podido arrancarla todos los esfuerzos del Infierno. Allí se escucha y escuchará hasta el fin de los siglos el *habla de Cervantes*, y en el interior del hogar, lo mismo que en los templos, y en las plazas, y en las calles, y en

los campos, y en las montañas, los usos, las costumbres, las aficiones, son todas y serán españolas, aunque se vean ondear diferentes banderas, y aunque á veces parezca que se reniega de lo mismo que se practica. Allí se venera á la Virgen del Pilar, de Monserrat y de las Mercedes, ni más ni menos que á la de Guadalupe y de Luján. Allí se invoca á Santiago en los momentos supremos, y se le representa en los altares, no disputando con el Mago Hermógenes, ni decapitado en Jerusalén, ni presenciando la Transfiguración, sino cubierto de resplandiente armadura, tremolando la bandera tradicional y galopando en el característico caballo blanco, como lo vieron con los ojos de la carne los vencedores de Clavijo, como lo vieron con los ojos del espíritu los conquistadores de México, por más que el buen Bernal Díaz del Castillo nos confiese que él, por pecador, no alcanzó tanta dicha.

Es que la nación conquistada á la fe por Santiago, se convirtió en conquistadora de almas; es que la Madre de Dios, al hablarle desde el pilar al Hijo del Trueno, lo constituyó Apóstol de España, y á España la consagró *Apóstol* del Nuevo Mundo.

Mucho se ha abusado de esta palabra en los tiempos actuales, y al oír hablar del apostolado de la prensa, del apostolado seglar, de los Apóstoles de la democracia, de los Apóstoles del romanticismo y otros semejantes; al ver que los socios de las cofradías modernas, en vez de llamarse siervos de María, ó hermanos de Jesús, como en otros tiempos, se dan á sí propios



el dictado de Apóstoles, he llegado á preguntarme á mí mismo y he preguntado en público á mis oyentes: Puesto que ya todos son apóstoles, ni más ni menos que los miembros del Senado Apostólico, ¿tendremos que inventar un nuevo término para designar á Pedro y á Pablo, á Juan y á Santiago?

A pesar de mi bien motivado exclusivismo en este punto, no temo caer bajo mis propios anatemas al dar á España como nación el título de Apóstol, al denominarla la *nación Apostólica* por excelencia. ¿Qué valen junto á esta sus otras glorias? Las colonias, el poderío, las riquezas, pueden desaparecer; pero el alto honor de haber sido el Apóstol de todo un mundo, ¿quién se atreverá á disputárselo? Para ello fué preciso que se educara en la adversidad. Sin las luchas con los Arrianos en tiempo de los Godos, sin la guerra incesante de ocho siglos contra los Moros, no se habrían formado ese carácter más que varonil y ese espíritu que hacía que el individuo y la sociedad no viviesen más que de religión, no respirasen sino religión, no soñarían sino con la religión.

¿Reveló Nuestra Señora á Santiago juntamente con los triunfos los reveses? ¿Le dijo cuántas veces esa saeta escogida había de permanecer guardada en la aljaba del Omnipotente, y cuántas había de ser disparada por su mano invencible? Podemos creer que sí, y el momento que hoy conmemoramos en la vida del Apóstol es tan solemne, que exige de nuestra parte especial hacimiento de gracias. Debemos darlas á la

Divina Providencia cuantos fuimos convertidos á la fe por Santiago, ya sea escuchando sus palabras directamente, ya las de sus primeros discípulos, ya las de los apostólicos varones que por ellos fueron enseñados y enviados á predicar el Evangelio.

¡Apóstol de las Españas! Permite que postrados á tu lado ante el Pilar de Zaragoza entonemos un himno de gracias á la Virgen de las Vírgenes, por los favores que se dignó prodigar á la nación de que has sido Apóstol y patrono. Pídele que el espíritu que te infundió en las orillas del Ebro se avive y encienda en nosotros, y que sepamos todos defender la fe, conservarla incólume y propagarla con fervor apostólico, como lo hiciste tú en vida y en muerte, como guiados por ti lo practicaron nuestros antepasados.

Pídele que no nos deje correr en pos de vanas ilusiones, ni olvidar que para el pueblo que tú evangelizaste, el único camino de la grandeza es el del apostolado, no el apostolado individual, sino el apostolado como nación. ¡Apóstol de las Españas! Que sigan siendo tus reliquias el paladión de este tu pueblo escogido, y el centro que atraiga á los peregrinos de toda la redondez del mundo, y de donde irradien en cambio infinitas bendiciones á todo el universo, y en especial á tus devotos aquí congregados.

